El viaje de LUMA

El Viaje de Luma

Cuento ilustrado por Hashne Leyva Negrete y
Santiago Marroquín Islas

El viaje de LUMA

Bruno Martínez Velasco
Emiliano Martínez Barrientos
Hasne Leyva Negrete
Santiago Marroquín Islas

Primera Edición

Autores:

Bruno Martínez Velasco

Emiliano Martínez Barrientos

Hasne Leyva Negrete

Santiago Marroquín Islas

Portada Diseñada por Hashne Leyva Negrete.

Este cuento fue elaborado en el marco del curso Estructuras Simbólicas de la imágen en el Tec de Monterrey Campus Puebla, 2025.

Publicado como Recurso Educativo Abierto (REA) dentro del programa de Recursos Educativos Abiertos del Tec de Monterrey.

El Viaje de Luma © 2025 por Martínez et al. está licenciado bajo CC BY-SA 4.0 . Para ver una copia de esta licencia, visita: El Viaje de Luma © 2025 by Martínez et al. is licensed under CC BY-SA 4.0. To view a copy of this license, visit https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/.

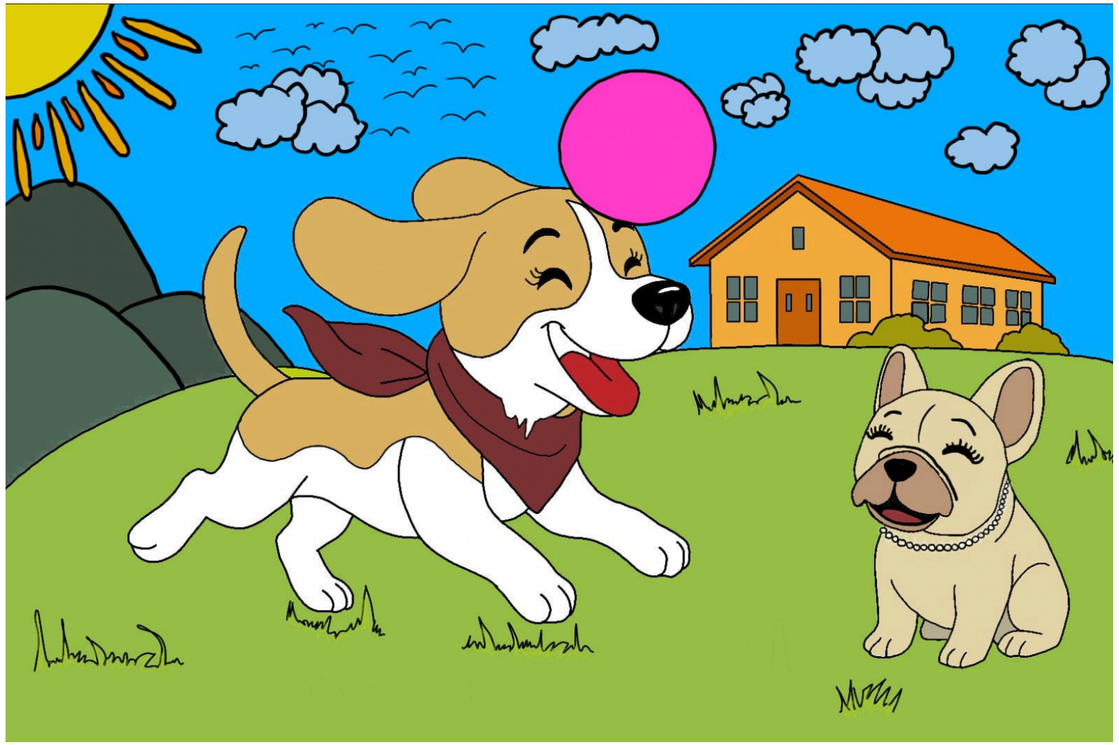
Este material tiene fines educativos y puede ser adaptado libremente bajo los términos de la licencia indicada. El contenido no representa necesariamente la postura oficial de la institución.

Para todos esos Lumas, que siguen buscando su colina.

Era un recreo soleado en la escuela de la colina.
El cielo era tan azul que parecía recién pintado y el pasto olía a sol.
Luma jugaba a la pelota con sus amigos. Reía, ladraba bajito y su pañuelo rojo ondeaba al viento, como una pequeña bandera que contaba una historia.
Bruna, una bulldog francesa de porte elegante y nariz arrugada, llena de curiosidad, siempre le hacía preguntas a Luma de cualquier cosa.

—¡Eres buenísima en este juego! —dijo Bruna—. ¿Siempre has sabido cómo jugar así?

Luma solo sonrió, mientras su pañuelo danzaba al viento.



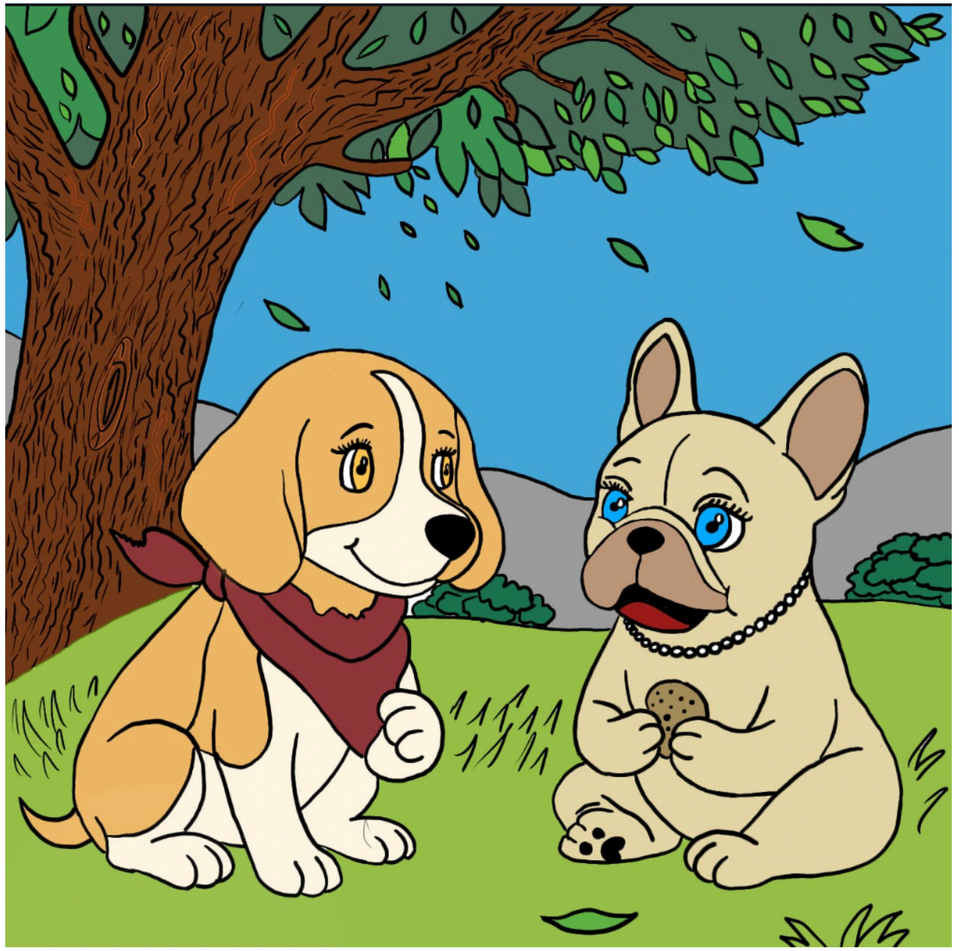
Cuando se sentaron bajo el árbol del recreo, Bruna volvió a hacer otra pregunta, una mucho más profunda y seria.

—¿Por qué siempre llevas ese pañuelo rojo? —preguntó, mientras comía una galleta.

Luma acarició el borde del pañuelo, con los dedos lentos.

—Es una larga historia —respondió con una sonrisa suave—. Pero si tienes tiempo... te la puedo contar.

Bruna asintió de inmediato, cruzó las patas y se acomodó en la sombra.



—Sabes, Bruna, no siempre viví aquí —empezó Luma —. Yo venía de una colina muy lejana, donde el viento olía al pan dulce de mi papá y las noches brillaban con luciérnagas.

Cerró los ojos un momento, como si pudiera saborear los recuerdos.

—Vivía con mis papás, y aunque la casa era chiquita, se llenaba de risas. Pero un día... el pan ya no alcanzó, y papá perdió su trabajo.

—¿Y qué pasó? —preguntó Bruna, completamente atrapada en la historia.

—Tuvimos que empacar nuestras cosas. Solo llevamos lo necesario y cada uno de nosotros tomó caminos separados. Lo único que me recordaba a casa, era mi mochila —dijo tocando su pañuelo—. Y caminamos. Caminamos mucho.

—Viajé sin rumbo alguno. Iba buscando un lugar donde poder volver a reír.
En el bosque azul conocí a Koi, un galgo elegante, con una casa de puertas grandes.

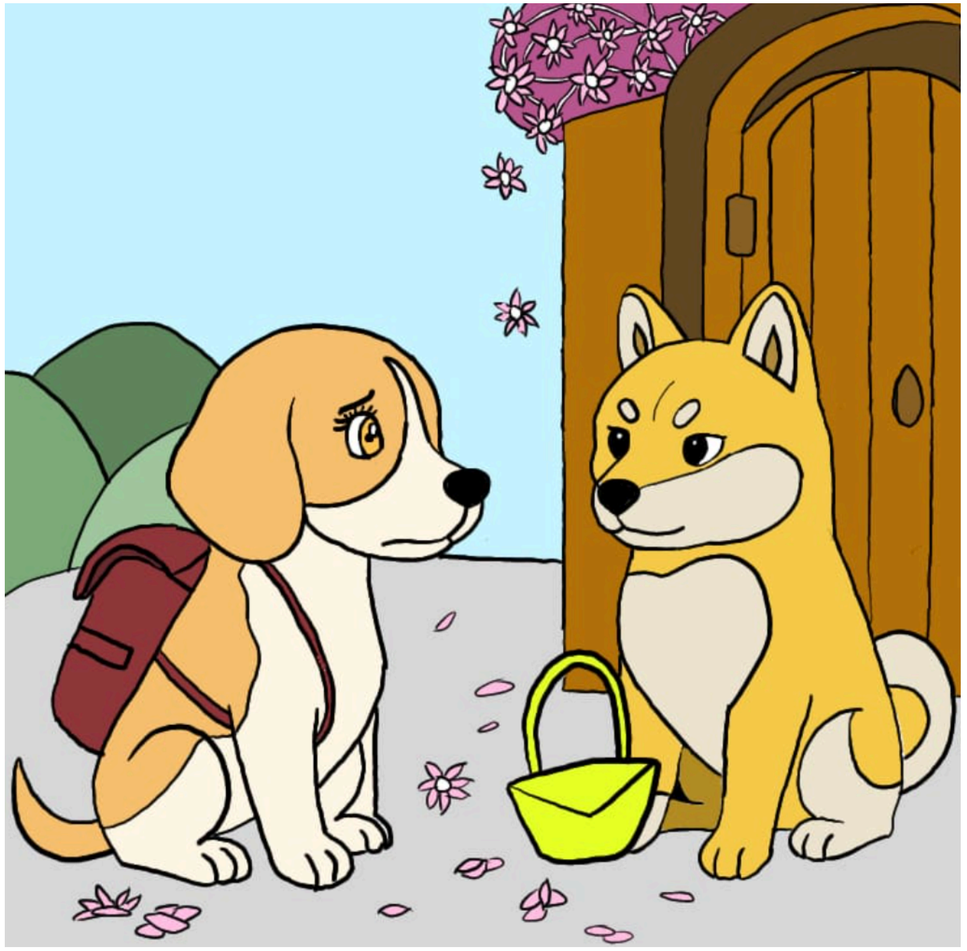
—¿Y te quedaste ahí?—preguntó Bruna.

Luma negó con la cabeza.

—No. Koi me miró de arriba abajo y dijo: "Tu mochila es demasiado grande. Aquí nos gusta lo pequeño".
Y me cerró la puerta, con una sonrisa educada.

—Eso no fue amable... —murmuró Bruna.

—Después conocí a Luce, que vivía en el árbol de los espejos. Todo brillaba, hasta sus palabras.
"Puedo darte otra mochila, más bonita", me dijo.
Pero yo no quería cambiarla. Esa mochila tenía todo lo que era yo.



—Ya casi sin fuerzas y derrotada, conocí a Rumi —dijo Luma—. Un perro xoloitzcuintle, de mirada serena y lleno de sabiduría.

—¿Y qué te dijo?—preguntó Bruna.

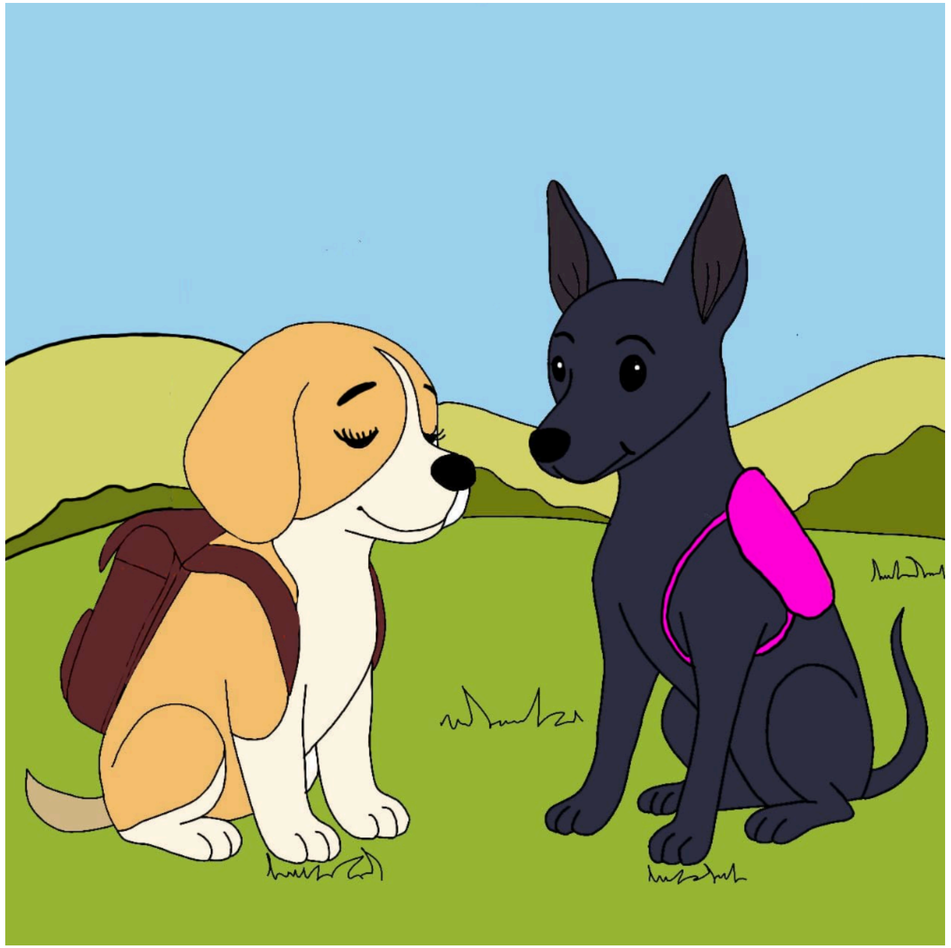
—Nada al principio. Solo se sentó a mi lado. Después de un rato, me preguntó:
"¿Quieres caminar conmigo? A mí también me pesaba la mochila."

—¿Y caminaste?—preguntó Bruna.

—Sí. Y por primera vez... sentí que no tenía que explicarlo todo. Caminamos despacio, sin prisa. A veces hablábamos, a veces solo escuchábamos al viento.

—Me cae bien Rumi. Suena a que es muy buena onda.

—Lo es. Me enseñó que compartir el camino no lo hace menos difícil... pero sí menos solitario.



—Luego llegamos a un jardín con flores: flores que contaban historias y culturas.
Allí vivía Canela. Tenía flores en las orejas y una voz que sonaba como si te abrazara.

—Aquí puedes abrir tu mochila cuando quieras —me dijo.
Y lo hice.

—¿Y qué había dentro?—preguntó Bruna.

—Recuerdos. Canciones que cantaba con mamá. Días de lluvia bajo las cobijas. La risa de papá haciendo pan con las patas llenas de harina. Mis primos y yo jugando bajo el sol de un verano en diciembre.
—Lloré un poco, pero Canela no me dijo que dejara de llorar y me dio una flor.

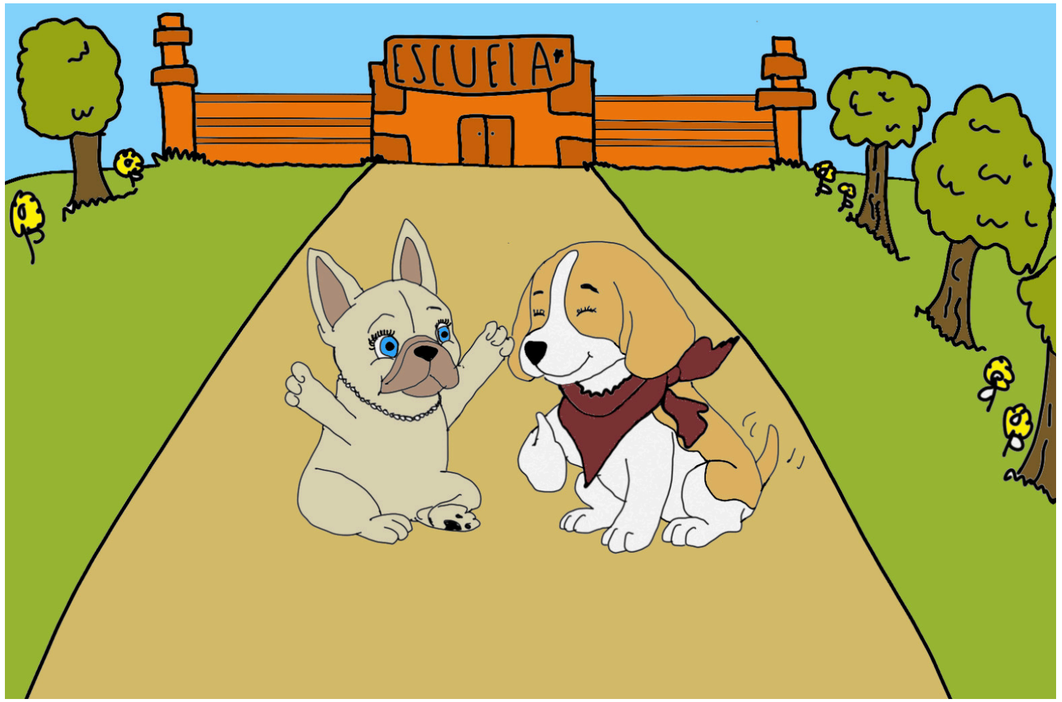
—Después llegamos aquí. La escuela con colinas, donde nadie me pidió que escondiera mi historia ni que cambiara de nombre.

—Al principio no sabía cómo jugar. Sentía que todas mis palabras eran raras, que mis juegos eran distintos.

—¿Y qué hiciste?

—Esperé. Observé. Y poco a poco, alguien me prestó una pelota. Alguien me sonrió sin pedirme nada.
Y empecé a reír otra vez. No porque me dijeran cómo, sino porque me dejaron a mi tiempo.

—Creo que nunca pensé lo difícil que puede ser llegar a un lugar nuevo. —dijo Bruna entristecida.



Bruna se quedó en silencio un momento.

—Yo pensaba que los que vienen de lejos no quieren jugar... Que preferían estar solos.

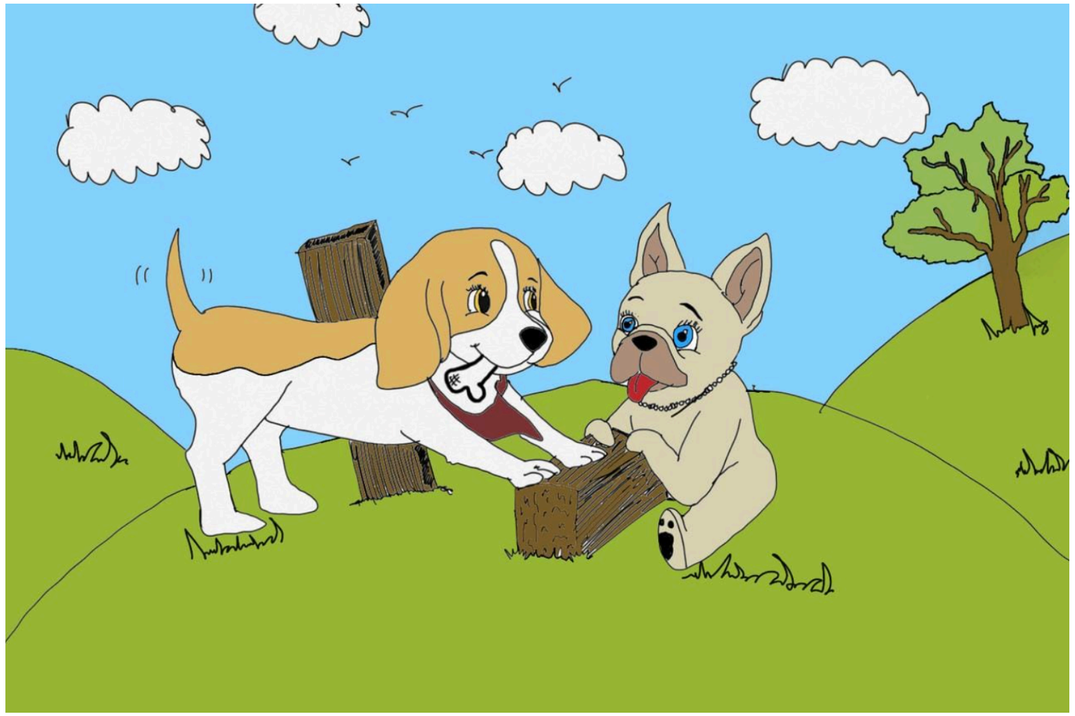
—A veces sí queremos jugar —dijo Luma—. Solo que todavía no sabemos si es seguro.

—¿Y cómo se sabe si lo es?—preguntó Bruna.

Luma sonrió y dijo con dulzura:

—Cuando alguien te dice: "¿Quieres caminar conmigo?"

Bruna no dijo nada más, pero se acercó un poquito más a Luma y la abrazó.



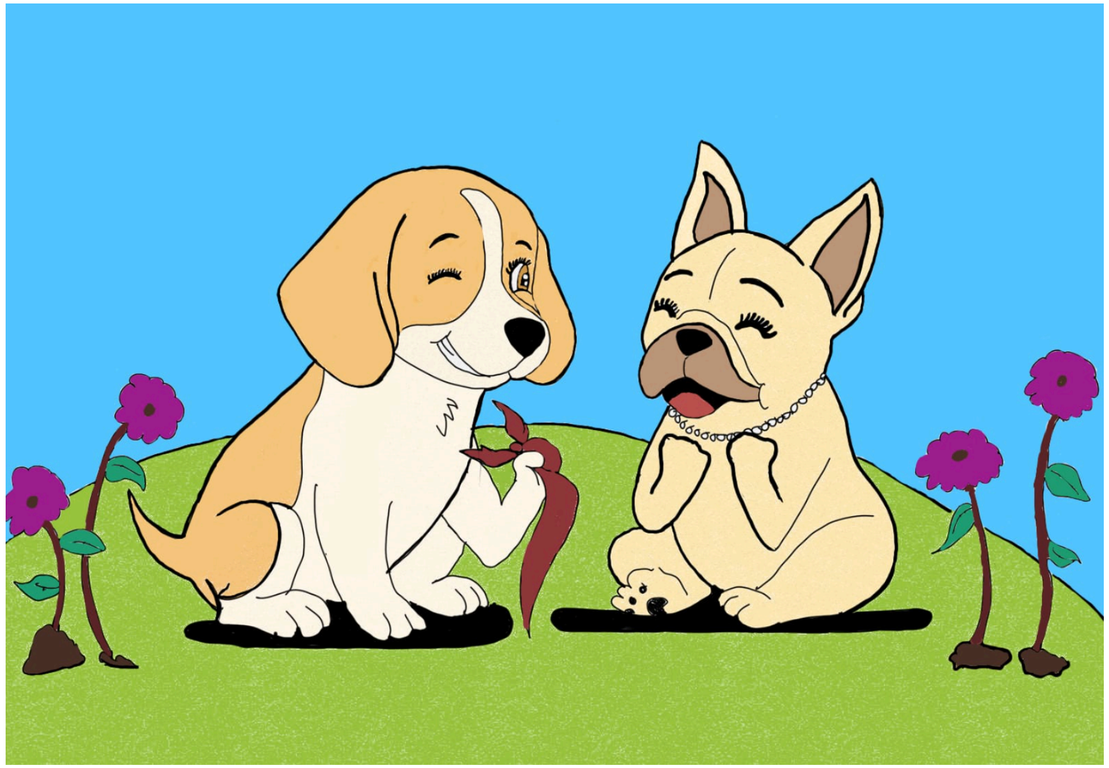
——¿Y el pañuelo? ——preguntó Bruna, tocándolo con cuidado.

——Es un pedazo de mi primera mochila.
Cuando se rompió de tanto uso, Rumi y Canela me ayudaron a cortar un pedazo para que siempre tuviera un pedazo de mi historia y de mi pasado.
Rumi me dijo: "Para que no olvides de dónde vienes. Y para que no tengas miedo de llegar a donde vas".

Bruna lo miró con ojos brillantes.

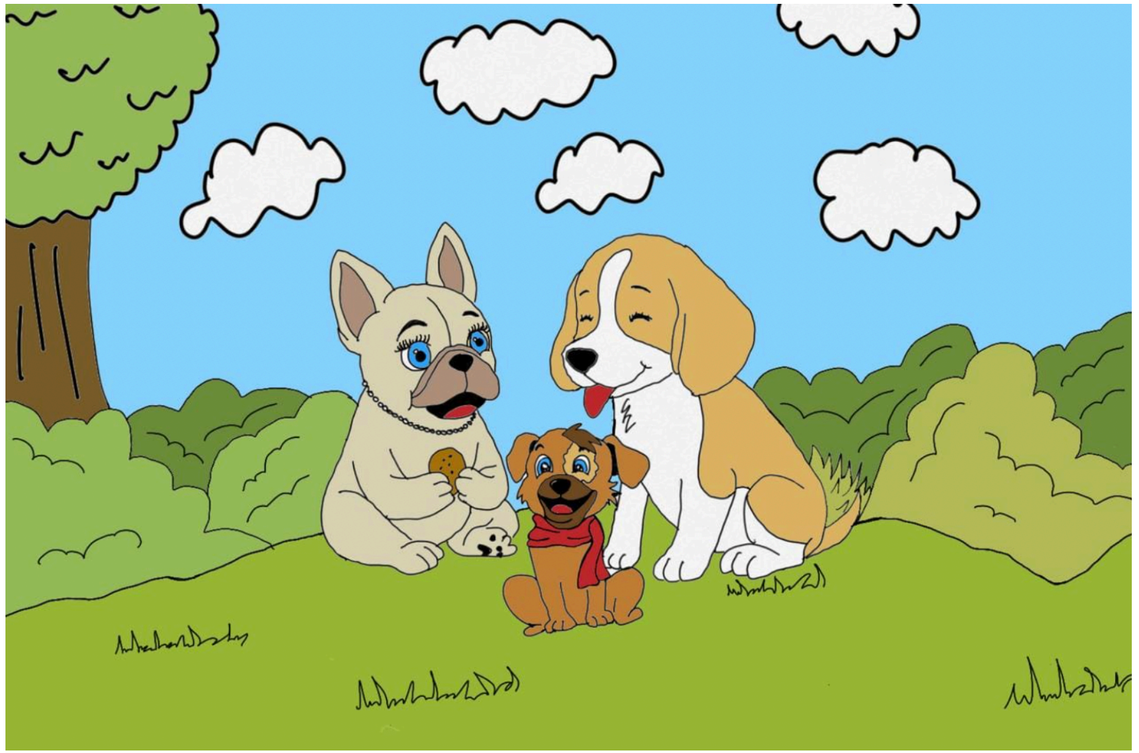
——Es bonito. Y... combina contigo.——dijo Bruna.

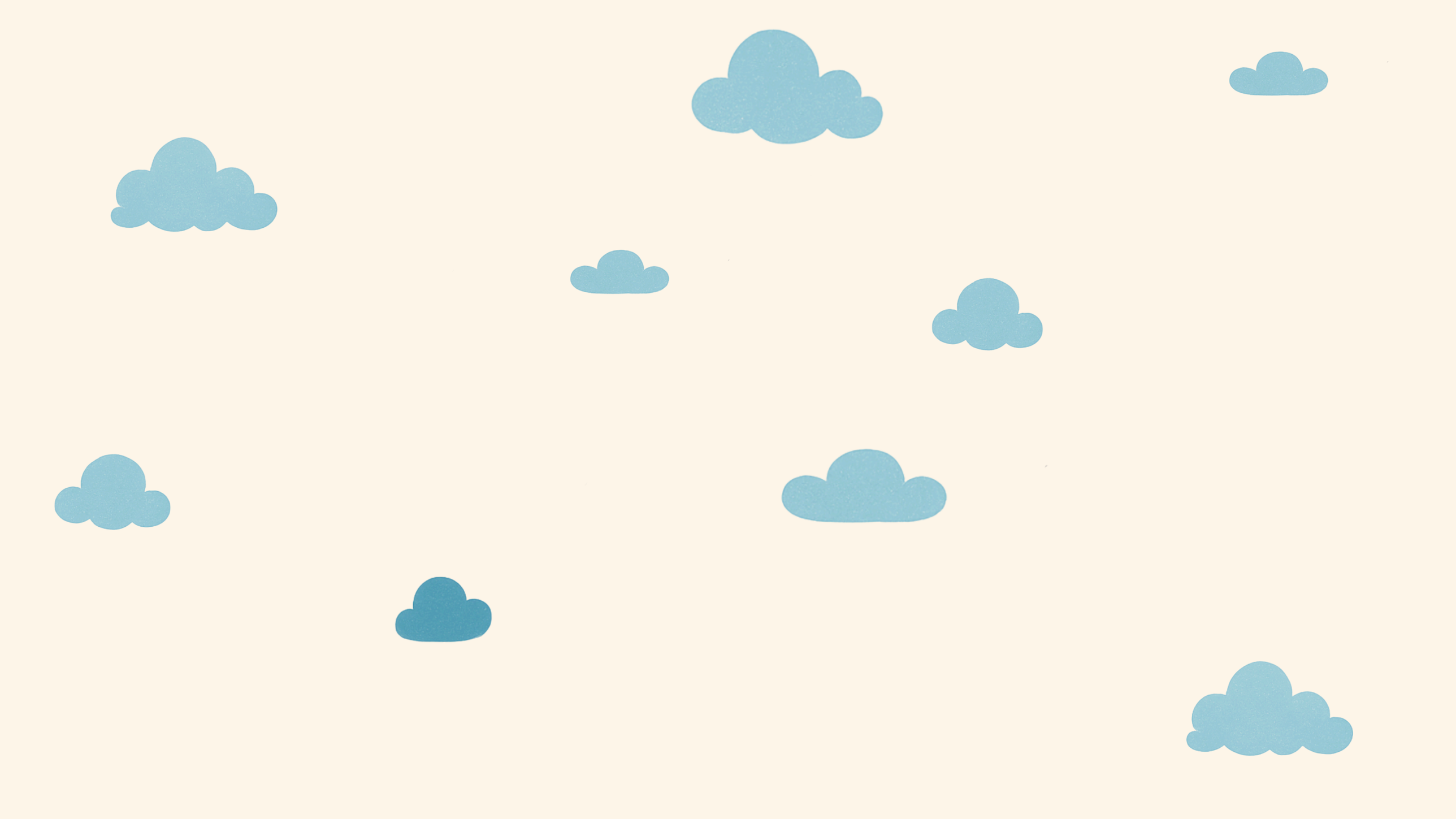
Luma y Bruna se rieron y volvieron a jugar a la pelota.



Desde ese día, Luma y Bruna jugaban juntas todos los recreos.
Saltaban la cuerda, contaban historias, compartían silencios, recuerdos y galletas.
Y cuando un nuevo cachorro llegó a la escuela, con una bufanda larga amarilla con verde y los ojos tristes...

Fueron ellas quienes se acercaron y juntas le dijeron:
——¿Quieres caminar con nosotras?



FIN

Este libro se terminó de imprimir en el
Tecnológico de Monterrey Campus Puebla, San
Andrés Cholula, Pue. La tipografía fue diseñada
por Camila Martínez Ramón.